

Ministro de Cultura hará biografía de Mora

MILENA FERNANDEZ M.
Redactora de La Nación



Aunque hace un año compró una computadora, el caudillo nunca abandonó su máquina de escribir.

AGRADABLES RECUERDOS

El sitio predilecto del fundador del Partido Comunista en su casa de habitación, en barrio Roosevelt, San Pedro de Montes de Oca, era la biblioteca.

Al entrar a su rincón de lectura da la impresión de que aún estuviera vivo. Los viejos libros están desordenados y llenos de marcas entre las hojas, sobre todos los que están sobre el estante de roble obsequiado por Carmen Lyra e importado de Líbano.

“Nunca se pudo ordenar la biblioteca. Era desordenadito, pero sabía dónde ponía sus cosas”, recordó doña Addie. Apagó el cigarrillo, se despidió y salió rumbo a Heredia para dar su último adiós a su esposo y compañero.



En este sillón, Manuel Mora Valverde pasó muchas de sus horas leyendo. Al fondo, el estante de roble que le obsequió Carmen Lyra.

Reseñar la agitada vida y trayectoria de Manuel Mora Valverde, el último caudillo de la generación del 48, no será una tarea sencilla. El filósofo y ministro de Cultura, Arnoldo Mora Rodríguez, aceptó el reto.

Mora Rodríguez, amigo de la familia del fundador del Partido Comunista, fallecido el jueves a los 85 años, hurgará los detalles, por ahora desconocidos, de su personalidad.

“El va a ser el biógrafo de papá porque es una persona muy seria”, dijo --aún consternada por el fallecimiento de su padre-- Isabel Mora Salas. Estaba sentada en el sillón preferido de la biblioteca de don Manuel, con más de 3.000 libros de derecho, literatura, sociología, poesía y, por supuesto, marxismo.

Desde ayer a las 2 p.m., el cuerpo incinerado del reformador social descansa, tal y como él algún día le pidió a su esposa, Addie Salas, en el “monte”.

Sus restos permanecerán en la finca del campesino Antonio Acosta, íntimo amigo del cinco veces diputado. Sus cenizas fueron enterradas y luego, sobre ellas, sus familiares plantaron un árbol de roble, símbolo del carácter de don Manuel.

Precisamente, en la casa de Acosta, construida en San José de la Montaña, Barva de Heredia --hace más de 100 años--, el difunto conoció a Carmen Lyra cuando esta llegó a impartir lecciones al lugar. Allí, los hijos del caudillo, Isabel y Manuel, corrieron por los potreros durante las vacaciones.

“Un día fuimos a un funeral y llovía. Yo le decía a Manuel, que seguro debe ser muy feo que a uno lo entierren en un día lluvioso. Le comenté que a mí gustaría que me incineraran y él dijo que también así lo quería. Pero, eso sí, me pidió que no quería que derramaran sus cenizas al mar o las esparcieran por ahí”, relató doña Addie, ojerosa, mientras fumaba despacio un cigarrillo.